

«Ha hecho usted bien en venir este año á ver una gran ceremonia en San Pedro; pues el año que viene, la Sede Apostólica se encontrará en otra parte;» que en el gabinete de lectura que he visitado no he encontrado mas periódico español que *La Esperanza*, ni otro lector en las tres salas de que se compone, que un cura español de quien ya soy amigo; que allí he leído parte de un discurso de Gonzalez Bravo; que en la Plaza de España hay una terrena donde se venden excelentes cigarros habanos; que en los buenos *restaurands* se encuentran esquisitas ostras; que el marqués de Miraflores, recientemente nombrado embajador de España cerca de la Santa Sede, llegará á Roma dentro de pocos dias; que mi amigo y hermano en las musas (menos esquivas con él que conmigo) Amós Escalante, se encuentra hace dias en esta gran ciudad; que me será fácil conseguir que S. S. Pio IX me conceda una audiencia, y en fin, que el *Coliseo*, el *Foro*, las *Catacumbas*, las *Termas*, el *Capitolio*, la *Roca Tarpeya*, los *Columbarios*, el *Palacio de los Césares*, etc., etc., existen todavía y me esperan en sus sitios, de modo que con solo dar algunos pasos podré verlos...

¡Qué perspectiva de goces, de entusiasmos, de admiraciones y de asombros! ¡Qué mundo de nuevas, de únicas, de supremas maravillas en torno mio! ¡Qué dias tan grandes y tan deseados me aguardan!—Mi corazón late violentamente, solo con la expectativa de tan hondas emociones!

Abrumado, pues, por el cúmulo de mis esperanzas, me he refugiado en el *hotel* y te he escrito esta carta, que debes tolerar pacientemente, como toleramos todos la confusa algaravía que mueven los músicos de una orquesta cuando templan y armonizan los instrumentos antes de principiar la sinfonía.

Hasta mañana.

### III.

El Coliseo á la luz de la luna.

El mismo día 22—á media noche.

Guárdame el secreto, amigo mio.—Mi alma se ha escapado esta noche del hotel donde la tenia prisionera, y ha recorrido á la luz de la luna las ruinas de la antigua Roma!—Que no lo sepa la *Basilica de San Pedro*. ¡Que no lo sepa yo, el peregrino cristiano!

Eran las nueve de la noche; el cielo se había despejado, y la creciente luna tendía su manto de plata sobre la silenciosa ciudad... Una tentación irresistible se apoderó de mi alma... ¡Había oído hablar tanto de ello! ¡Lo había soñado tanto! ¡Era el momento tan oportuno!—Todo se reducía á un viaje de dos millas, en coche; á un peligro mas ó menos; á un poco frio... Pero en cambio vería el *Coliseo* al fulgor del astro de las ruinas, turbaría el sosiego de cien generaciones, evocaría sus sombras y sus recuerdos!

Vana fue la resistencia que me opusieron mi amigo y mi razón; en vano se

me habló de ladrones y se me anunció que las afueras de Roma estarían intransitables á consecuencia del hielo y de la nieve de estos dias: en vano me arguyó la pereza, protestó la conciencia y me miró asombrado el cochero á quien le dije en la plaza de España, despues de sentarme á su lado en el pescante: ¡*Al Coliseo!*... ¡Todo fue en vano!—La suerte estaba echada. El alma había recobrado su imperio sobre los sentidos.

Y héme aquí ya de vuelta.—¡Oh, lo que he visto!... Para no fatigarte con largas declamaciones, te lo diré sumariamente.

—¡He visto á *Roma!*... á la Roma ideal, á la Roma de la historia, á la Roma de la poesía.—Las sombras de muerte que encubren la antigüedad, se han disipado á mis ojos... y ha habido un momento en que me he creído trasportado á los primeros siglos del imperio, al origen del cristianismo.—He temblado, he llorado, he murmurado, en fin, una plegaria en aquellos sitios que representan la agonía de un mundo y el nacimiento de otro.—¡Noche inolvidable! Todas las tempestades de lo futuro no bastarán á oscurecer en mi memoria la tibia claridad con que tu luna bañaba de melancolía los restos del naufragio de las edades paganas.—¡Espectáculo sublime!

Pero bueno será que recordemos por su orden todos los pormenores de esta solemne expedición.

Partí, como te he indicado, de la Plaza de España, encaramado en el pescante de un coche de alquiler, al lado del auriga.—Desde aquel humilde, pero eminente puesto, dominaba perfectamente el camino que seguíamos.

Hacia un frio espantoso. El cielo estaba despejado como siempre que escarcha. La luna parecía un témpano de hielo.

Las calles que recorríamos se hallaban sumergidas en densas tinieblas y funeral silencio. El alumbrado de gas no ardía, y la luna daba ya solo en el último tercio de las casas que miraban á poniente. La atmósfera helada carecía de diaphanidad, y la transición de la blanca luz á las negras sombras era violenta, súbita, fantástica á sumo grado.

El cochero tomó por unas calles angostas y desiertas. A veces pasábamos bajo altos edificios, cuyo nombre me guardaba muy bien de averiguar... ¡sombrios fantasmas á quienes preguntaba solamente si eran cristianos ó gentiles; y esto con una rápida ojeada, que las mas veces me dejaba en duda...!

Entre ellos recuerdo algunas recias y altísimas columnas, ennegrecidas por los siglos, incrustadas en casas modernas, ó por mejor decir, algunas casas modernas apoyadas en seculares columnas... ¡Melancólica alianza de las dos Romas!

Así seguimos por intrincadas calles, (que, según el cochero, acertaban el camino); así fuimos dejando atrás barrios y barrios;—unos en que todavía se notaban señales de vida, á saber; ténues hebras de luz á través de las grietas de los muros y de las hendiduras de las puertas y ventanas;—otros en que ya no se percibían luces algunas, pero cuyos edificios dejaban también adivinar (no sé por qué) que detrás de sus paredes había gente entregada al sueño;—y otros

en que era indudable que nadie vivía, ni despierto ni dormido; en que ya no reinaba el sueño, sino la muerte; barrios, en fin, de casas deshabitadas; tristes albergues de la muda soledad; playas desiertas de donde se ha alejado el mar humano; álveo seco del río de la vida;—así crucé, finalmente, por delante de casas sin ventanas ni puertas; luego á la vista de otras sin techos; después por solares cubiertos de escombros, de entre los que se alzaba algún melancólico lienzo de pared; en seguida, por un trillado cascajal, término medio entre las ruinas y el polvo..... hasta que por último, de pronto, sin preparación alguna, vi levantarse delante de mí, cerrándonos el paso, una elevadísima y amplia cortina negra, ó sea un inmenso muro, simétricamente agujereado por angostas ventanas que dejaban ver el cielo esclarecido por la luna.....

—¡El *Colosseo!* dijo lacónicamente el auriga.

¡Era él! ¡Era el luctuoso espectro, envuelto en un sudario de sombras!

Nosotros lo habíamos abordado por su parte más alta, cerca del pórtico.

La luna quedaba oculta detrás de la gigantesca mole.

Para llegar al pie del coloso tuvimos que bajar algunas rampas, deslizándonos por el hielo. (El *Coliseo* se levanta hoy en una hondonada, á causa de lo mucho que se ha alzado el terreno que lo cerca).

A medida que bajábamos nosotros, el negro fantasma crecía. Cuando estuvimos ya tocándolo con la mano, parecióme que el disforme anfiteatro llenaba todo el universo.

Dejé el coche, y me puse á buscar la puerta, deliziéndome á lo largo de aquel inmensurable círculo.

En esto oí un leve ruido de armas ó de llaves, y una voz que gritaba en francés en medio del más alto silencio:

—¿Quién vive?

—¿Quién resucita? contestó un eco en el fondo de mi alma.

—*Amici* (amigos), respondió el cochero en italiano, añadiendo en seguida en un francés casi ininteligible:

—*Monsieur*: es un caballero que quiere visitar el *Coliseo*.

—¿Por qué *monsieur*? me dije yo. ¿Será francés el conserje?

—¡Atrás! no se puede... respondió la voz en el idioma trasalpino.

Y volvió á resonar el ruido metálico, que ya no me dejó duda acerca de su procedencia.—Era rumor de armas.

—¿Hay bandidos en el *Coliseo*? le pregunté al auriga.

Hasta entonces no me había acordado de *Gasparoni*, de *Luigi Vampa*, del *Conde de Montecristo*... etc.

—Ya no los hay, contestó el cochero. El que nos habla es un centinela.

Era, en efecto, un soldado francés de los que dan la guarnición á Roma.—Era el *galo*, enseñoreándose de la ciudad de César.

Un romano de hoy acababa de decirle *monsieur*; acababa de llamarle *amó*, *señor*.—Nunca fue denominado así en España ningún soldado, y mucho menos un extranjero.

El centinela, que nos oía cuchichear y nos veía inmóviles, añadió con mayor furia, destacándose de su garita:

—Atrás, digo: el *Coliseo* no puede visitarse de noche sino con una orden del General Goyon.

—Yo busco al conserje, respondí entonces en francés y con cierta altanería. Dígame usted donde está el conserje.

El centinela se ablandó al oír el idioma de su patria; descansó el fusil en tierra, y me dijo suavemente:

—¿Es usted francés?

—Como si lo fuera, le respondí. ¿De qué regimiento es usted?

—Del 25 de línea, me contestó.

—Entonces ha estado usted en Solferino...

—Justamente. ¿Y usted?

—Yo he estado también en Solferino, pero año y medio después de la batalla. Somos, pues, amigos.

—¿Y sabrá usted dar con la habitación del conserje? El *Coliseo* es un laberinto sin fin, y hay algunos undimientos en que es fácil romperse la cabeza.

—Ya daré con su habitación, repliqué; y aunque no dé con ella, habré logrado mi objeto, que es ver el circo á la luz de la luna.

Aquí juró y se rió el buen centinela, que era un gascon muy cerrado, y aceptó un cigarro que yo le alargaba, en cambio del cual me dió lumbre para encender el mio.

—No estrañe usted, me dijo entonces, que estemos tan sobre aviso. Hace siete días que á esta misma hora y en el sitio en que estoy, un pícaro romano mató á un centinela de una puñalada.

—¿Cómo pudo ser? ¿No tenía el centinela su fusil?

—Es que el romano se llegó á él á pedirle fuego para un cigarro: mi compañero se confió... y un momento después... ya no existía. Cuando vinieron á relevarle, se lo encontraron bañado en su sangre y sin fusil, con una caja de fósforos en la mano.

Al oír esto, me acordé de nuestros centinelas, asesinados del mismo modo por los moros de Tetuan al principio de la ocupación de aquella plaza, y respeté un poco más á los romanos de hoy.

Con lo cual di las buenas noches al centinela, y penetré por una oscura puerta del *Coliseo*, como el *Beltran de Roberto el Diablo* se sumerge en los antros infernales.

Primero anduve algún tiempo entre densas tinieblas, encaminado por la remota perspectiva de algún arco ruinoso que daba paso á la luz de la luna. A un lado y otro dejaba galerías aun más lóbregas. El miedo á los ladrones había desalojado mi imaginación; pero terrores más fantásticos lo habían reemplazado en ella.

Aquellas tenebrosas galerías me parecían llenas de sombras de mártires cristianos: la arena que se hundía crugiendo bajo mis plantas me hacía creer que

pisaba charcos de sangre: en cada una de aquellas cavernas, cuyas negras bocas se abrían á mi alrededor, me figuraba escuchar rugidos de tigres, panteras y leones... y hasta percibir su olor felino...

Aunque sin luz que me permitiera distinguir la estructura de los arcos y bóvedas que se levantaban sobre mí, formaba idea de sus colosales dimensiones, solo con reparar en las distancias que recorría para pasar de una galería á otra, cortando en zigzag los círculos concéntricos que median entre la periferia del edificio (1641 pies) y la dilatada arena en que tenían lugar los espectáculos.— Aquello, mas que una obra de construcción, parecía haber sido cavado en las entrañas de una cantera, y me recordaba las antiguas minas romanas que visité al pie del *Picacho de Velela*; ó mas bien me hacía adivinar las descumunales pagodas labradas en el corazón de las montañas del Thibet.

Al fin logré salir al anchuroso circo...

Al desparramar por él una absorta mirada, la primera idea que me asaltó fue la de mi pequeñez, la de mi soledad...—En aquel anfiteatro que pudo contener 107,000 personas, estaba yo solo. ¡Allí, donde habían aparecido tantas generaciones, no había nadie! ¡Allí donde mil y mil veces resonaron gritos, aplausos, risas, rugidos de fieras, ayes de moribundos, no se oía nada, nada... ni tan siquiera los latidos de mi corazón, paralizado también por el espanto!—En vez del sol, y del bullicio, y del vocerío, y de la lucha, y de la sangre... ¡nada!...—La luna, muerta en el cielo; la muerte y el silencio en la tierra!

Por todas partes, las gradas desiertas... las gradas mudas... las gradas solas...

Cada piedra parecía el sepulcro de los que sobre ella se sentaron.

Allí el *Podium* donde se colocaban el emperador y su familia, los magistrados, los senadores y las vestales: allí los vomitorios por donde la multitud se desbordaba sobre el graderío y los palcos: allá arriba el lugar de los esclavos: de aquella parte arrancaba el *velarium* que 480 marineros corrían sobre el anfiteatro á fin de preservar del sol y de la lluvia á todos los espectadores: en aquel lado estaban las verjas de bronce que daban paso á las fieras: por allí entraban las víctimas... por allí los gladiadores... ¡Y aquí, en esta arena... ¡qué horror!

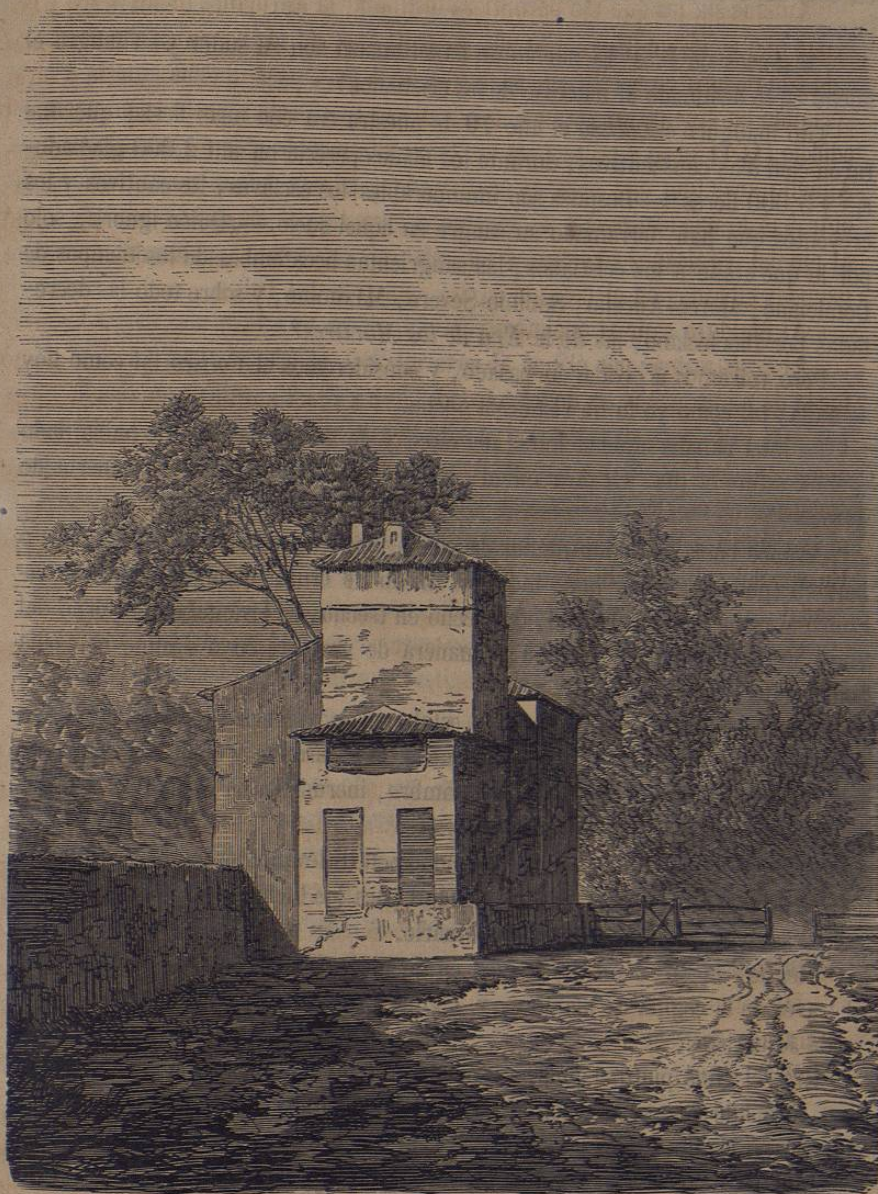
Mientras pensaba de este modo, no veía nada realmente. Estaba clavado á la entrada del vastísimo coso, y mi imaginación era presa del delirio.

Pronto me repuse y quise ver y tocar la realidad del momento.

Con una sola comparación te puedo dar la idea exacta del Coliseo visto por dentro.—Figúrate una inmensa Plaza de toros, de forma oval, toda de piedra, cuyas gradas se elevan hasta 157 pies de altura. En torno de la arena se levanta un muro, que protegía al público contra las fieras. Sobre este muro hay una plataforma, que era el lugar de preferencia, el *Podium* que hemos citado. De la plataforma arrancan cincuenta gradas. De lo alto de estas gradas se levantaba la *Galería superior*.

El *Coliseo* no ha podido ser destruido ni por los siglos, ni por las revoluciones, ni por la barbarie; y sin embargo, todos estos enemigos han trabajado te-

nazmente contra él.—Muchos enormes palacios de Roma han sido construidos con piedra arrancada de aquella montaña artificial, y con todo, la obra conserva



Casino de Rafael en Villa-Borghesse.—Roma.

su forma general, sus gigantescas proporciones. Por algunos lados la ruina es muy visible: por otros, ya se le mire desde dentro, ya desde fuera, el coloso parece intacto.